

# Nos enteró el olvido

## Exposición Biblioteca en Guerra

### Biblioteca Nacional

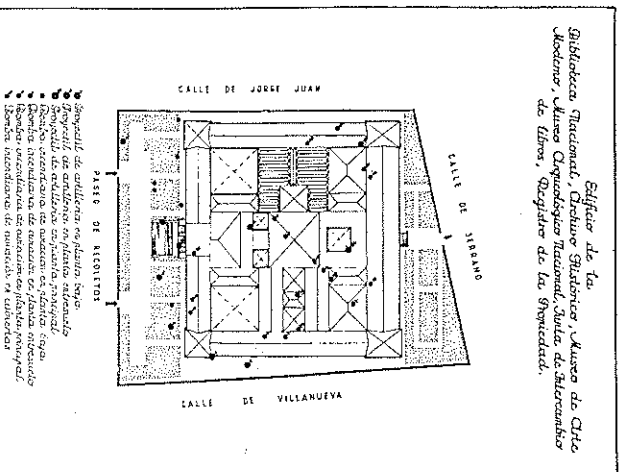
Del 15 de noviembre de 2005 al 19 de febrero de 2006

“Nos enteró el olvido. Parecía que no habíamos de nosotros porque no les dejaban y era, simplemente, que nos habían olvidado”

Teresa Andrés

La victoria de los militares insurgentes frente al gobierno legítimo de la II República tuvo consecuencias terribles para España. Tras la guerra, se instauró un régimen de dura represión cuyo objetivo era borrar toda la rica tradición de sindicalismo, pluralidad política y florecimiento cultural que se había vivido en el primer tercio del siglo XX. Una gran cantidad de intelectuales, artistas y profesionales de la cultura tuvieron que abandonar el país para no volver jamás (o regresar al final de sus vidas). Muchos otros permanecieron aquí, habitando el lugar del silencio, en un cruel exilio interior que les obligó a vivir como si ellos mismos hubieran olvidado.

“Nos borraron del mapa como si nunca hubiéramos existido”, escribe Teresa Andrés desde otra guerra, atrapada en un París ocupado por los nazis. Así parece que ocurrió, a juzgar por el palpante panorama,



Localización de impactos de bombas incendiarias y proyectiles de artillería en el edificio, nov. de 1937. José Lino Vaamonde. Instituto del Patrimonio Histórico Español (imagen del catálogo de la exposición)

ma, lleno de ilusión e iniciativas, que vivieron las bibliotecas durante la II República. Nada que ver con el mayoritariamente gris y raquítico mundo bibliotecario que se construyó durante el régimen franquista. “A las bibliotecas les sienta bien la democracia”, decía a finales del siglo pasado Blanca Calvo, comisaria, junto a Ramón Salaberría, de la exposición *Biblioteca en Guerra*. Y, más recientemente, daba un paso de baile con su frase para decir: “a la democracia le sientan bien las bibliotecas”. Porque sin una ciudadanía educada, preparada para informarse, alfabetizada en el más amplio sentido de la palabra, la democracia se convierte en una cáscara hueca. Consciente de ello, a los pocos meses de instaurarse, el gobierno de la República toma medidas para luchar contra el analfabetismo que padece la población española. No sólo se impulsa la creación de escuelas y la formación de maestros, sino que se intenta hacer llegar a todo el mundo el medio de difusión cultural más importante de la época: el libro. Así, el Decreto de creación de la Junta de Intercambio y Adquisición de Libros (noviembre de 1931) habla de las bibliotecas “como centros de estudio y progreso científico y como eficaces instrumentos de cultura social”.

De esta aventura para hacer posible un mundo en el que la cultura fuera disfrutada por todos, del increíble vuelco que sufre la profesión, al pasar de ser un coto cerrado por y para eruditos a un campo abierto a los cambios y comprometido con la sociedad, trata esta exposición. Pero también, de un anhelo transformador, de una fe en la perfectibilidad de los seres humanos y en la fuerza revolucionaria de la educación que no desaparecen bajo la crueldad de las bombas y de la muerte que impone la guerra. En ese periodo de atrocidades, cuando los militares han hecho sonar la hora de la sinrazón, se redoblan los esfuerzos de la República por crear bibliotecas (muchas en hospitales y en el propio frente), difundir prensa y continuar alfabetizando en las trincheras. Se

trabaja también, en medio del caos y del terror de las ciudades bombardeadas, para salvar un patrimonio bibliográfico que se quiere accesible para todos.

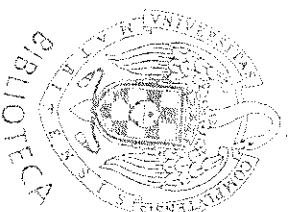
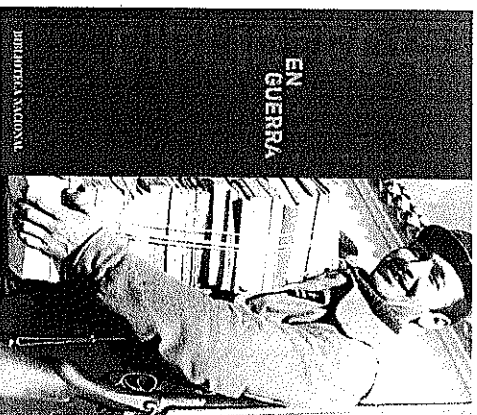
El hilo conductor que permite avanzar por esta muestra es la vida de cinco bibliotecarios que tuvieron un papel protagonista en esa época: Juan Vicéns, Tomás Navarro, Jordi Rubio, Teresa Andrés y María Moliner. Estos hombres y mujeres participaron en una experiencia apasionante y pagaron un precio muy alto por su fidelidad a un gobierno legítimo y por su compromiso con las bibliotecas, entendidas como una herramienta de transformación social. Tras la derrota, llegó el exilio para algunos, la imposibilidad de ejercer su profesión para otros, el ninguneo y el olvido para todos.

Por eso, esta exposición tiene el doble mérito de recuperar una memoria enterrada por la historia oficial del franquismo y de reconocer el mérito de tantos desvelos, de tantas vidas truncadas y tantos esfuerzos hechos por el bien común.

Es importante señalar que el montaje es impecable y ayuda a que la visita sea entretenida y ágil. No es fácil hacer una exposición en la que la mayoría de las obras expuestas son fotos, cartas y libros cuyo principal valor es lo que representan y no su especificidad visual. Pero además, en este caso, se aportan muchos datos y se cuentan muchas cosas con gran eficacia y un gran poder evocador. Porque si hay una excelente labor de recopilación de datos e imágenes (enhorabuena a los comisarios) la puesta en escena es immejorable.

Especial mención merecen los cinco vídeos, uno por cada uno de los "bibliotecarios anfitriones", que condensan en seis minutos la actividad profesional del retratado enmarcada en la realidad social de aquel periodo. Utilizando imágenes de la época y entrevistas actuales a personas que conocieron a los protagonistas, se han construido cinco historias emocionantes que merecen salir de la Biblioteca Nacional y ser difundidas en la televisión pública.

Está disponible también un catálogo, editado por Blanca Calvo y Ramón Salaberria, en el que se recogen aportaciones de intelectuales y bibliotecarios (entre otros, Emilio Lledó, Josep Fontana, Marta Torres, Nuria Ventura, Javier Gimeno, Fernando Báez) que profundizan en los diferentes aspectos de la exposición: la política cultural de la II República, las Misiones Pedagógicas, la protección del patrimonio durante la guerra civil, Cultura Popular y su sección de bibliotecas, las bibliotecas universitarias en primera línea de fuego, el desarrollo bibliotecario de Cataluña, las bibliotecas populares en Asturias, etcétera. Hay también testimonios de la época (cartas, discursos, artículos periodísticos, textos profesionales de bibliotecarios...) que nos dan idea del momen-




Portada del catálogo

to de efervescencia cultural que se vivió en la década de los años treinta del siglo XX. Son 492 páginas de provechosa lectura con muchas fotos y reproducciones de carteles y cubiertas de libros de aquel apasionante periodo.

Tanto el catálogo como la exposición cuentan con imágenes y referencias a otras guerras y a otras bibliotecas masacradas. Sarajevo, Bagdad..., nos recuerdan que en muchos lugares, ahora mismo, las armas continúan destruyendo esperanzas, arruinando vidas y quemando la memoria de los pueblos.

*Biblioteca en Guerra* puede interesar a cualquier persona, pero es especialmente recomendable para todas las personas que trabajan en las bibliotecas. Al fin y al cabo, no se trata sólo de recuperar un pasado brillante, aunque fugaz, de nuestra historia y de reconocer la labor de profesionales tan injustamente olvidados; la enseñanza mayor de esta muestra es que la labor prosigue. En muchas partes del mundo el analfabetismo sigue siendo una lacra y aquí, en nuestro bien comido, bien vestido y escolarizado occidente, la manipulación de la información y el acceso desigual a los bienes culturales es el argumento de la obra.

La exposición nos emociona y nos hace pensar que tanto esfuerzo por conseguir una educación liberadora no puede quedar en nada. La Lucha continúa. 

Como complemento a la exposición, la BN organizó un ciclo de conferencias –titulado igual que la muestra y que tuvo lugar durante todos los martes comprendidos entre el 17 de enero y el 7 de febrero– en el que se contó con la participación del escritor Robert Fisk (“Bagdad año cero: las cenizas del patrimonio histórico de Irak”), el autor Fernando Báez y el conservador de la BN, Asensio Sánchez (“La destrucción de libros: las bibliotecas como objetivo militar”), el filósofo Emilio Lledó y Blanca Calvo (“Bibliotecas para una República, bibliotecas como herramientas de transformación social”) y Ramón Salaberria junto a familiares o compañeros de los bibliotecarios homenajeados en la muestra (“Los bibliotecarios de la República: la memoria arrancada”).

Javier Pérez Iglesias